
DIÁLOGOS

FOUCAULT: MATERIALIDAD DE UN TRABAJO (II)

Segunda parte de la entrevista a Daniel Defert, compañero de Michel Foucault, realizada en noviembre de 2015 por Alain Brossat, con la colaboración de Philippe Chevallier. Introducción y traducción de Rosa María Rodríguez Magda.

DANIEL DEFERT / ALAIN BROSSAT

Alain Brossat: ¿Escribía Foucault sus libros a mano o a máquina?

Daniel Defert: A mano. Reescribía a veces a máquina los textos cortos o los artículos –tenía su máquina, que debo guardar todavía en algún lugar– pero la primera redacción siempre era pensada y escrita a mano. No creo que hiciera nada directamente a máquina. Los artículos sobre Irán fueron escritos a mano, pero como eran para los italianos¹, los pasó enseguida a máquina antes de enviarlos –se puede reconocer su particular forma de teclear. Él no tenía a nadie para mecanografiar sus textos. Solamente, a partir de 1978, a Françoise-Edmonde Morin, que le proporcionó la secretaría del Colegio de Francia. Recibía tal cantidad de correo que no podía responderlo, le daba las cartas y le decía *grosso modo* lo que había que responder: “Dirá que estoy enfermo...”

¹ Los artículos sobre Irán (1978-1979) se publicaron inicialmente en el *Corriere della Sera*.

–ella tenía incluso un modelo de su firma que puedo reconocer... Pero si no, Foucault era una persona que hacía todo él mismo, a mano. Es difícilmente imaginable... No había internet; las citas había que ir a verificarlas en la biblioteca...

A. B.: ¿Se aislaba físicamente para escribir ?

D. D.: Escribía en su casa. Rechazaba las invitaciones en las casas de amigos famosos porque prefería la calma. Lo que me llamaba la atención es que siempre se le podía interrumpir. No le molestaba. Es Flaubert quien, hablando de George Sand, dice que se le podía interrumpir en cualquier momento y que ella retornaba al trabajo en una continuidad absoluta, que no se distraía nunca. Pues bien, salvando las distancias, era igual. Pero, al mismo tiempo, estoy convencido de que él era bastante monotemático cuando perseguía una idea, esta le absorbía completamente. Si yo le interrumpía, parecía disponible para hablar de otra cosa. Y después, al cabo de un momento, yo retornaba rápidamente a lo que sabía era su obsesión del momento, y él no percibía que se hubiera cambiado de tema, ¡volvía con más con fuerza! Durante toda la conversación, de hecho, había continuado trabajando su idea... Por esto es por lo que podía parecer tan disponible.

A. B.: No perdía nunca el tiempo...

D. D.: Tenía un exacto sentido del tiempo, con precisión de segundos. Yo siempre he sido un poco “caótico” y ¡estaba tan harto de su sentido del tiempo, que le regalé un reloj que solamente tenía las agujas, sin cifras ni gradación; Le preguntaba la hora y él me respondía: 13h 14 o bien 13h 16; no decía nunca: “Alrededor de las...” Cuando bajaba del avión, a la vuelta de sus viajes a Brasil o a Japón, lo primero que le preguntaba yo era: “¿Qué hora es?”. No se equivocaba ni en un minuto. Después de su muerte, no he podido dejar de pensar que él debía saber que su vida sería corta, porque en su existencia cotidiana no había nunca ni un minuto perdido. No he conocido a nadie que haya tenido un sentido del tiempo tan exacto. Sin embargo, era alguien con quien resultaba extraordinariamente fácil convivir...

A. B.: Porque estaba en su obra...

D. D.: ¡Porque estaba en su obra y yo no le perturbaba en su obra! Sí, sin duda... Pienso que tenía necesidad de una cierta estabilidad afectiva, exterior. Pero desde el momento en el que tenía un entorno seguro, él estaba en su obra.

A. B.: ... sin necesidad, por tanto, de aislarse.

D. D.: No.

A. B.: No tenía necesidad de curas de soledad...

D. D.: No, era bastante sociable, pero con los mismos amigos. Tenía unos cuantos amigos íntimos como Hervé Guibert o Mathieu Lindon que no le preguntaban por su obra, y esto era lo que más le gustaba... Era él quien les preguntaba por sus obras antes que a la inversa. Les ayudaba a reflexionar sobre su propio trabajo.

A. B.: ¿Cómo se encontraba entre sus papeles? ¿Era alguien ordenado o desordenado?

D. D.: Ciertamente ordenado. Desordenaba posteriormente; para cada libro, recogía un número considerable de fuentes en sus notas. Pero una vez había acumulado documentación sobre un tema, esta documentación podía servir para apoyar otro aspecto de sus investigaciones. Una serie de archivos podía salir de una pila e ir a parar a otra... Lo mismo para los cursos: no podía trabajar sus cursos del Colegio de Francia y después rehacer otros en los Estados Unidos. Así se trata menos de reutilización de los mismos documentos, que de nuevas perspectivas sobre un mismo problema. De ahí la dificultad que existe hoy con ciertas cajas de archivos depositadas en la Biblioteca Nacional Francesa, en las que los dossiers no son totalmente cronológicos, en los que la misma cosa reaparece, surge aquí y allá y no se sabe bien si es necesario reconstruir un orden inicial o si hace falta conservar el trazo de estas reutilizaciones creativas.

A. B.: ¿Foucault contestaba al teléfono cuando trabajaba en casa?

D. D.: Sí, pero poca gente tenía su verdadero número de teléfono.

De hecho, él tenía varios, pero era solo uno en el que respondía siempre. Era conveniente que figuraran números en el listín, a fin de evitar que la gente hiciera investigaciones... Deleuze había puesto su teléfono a nombre de Fanny, su esposa, lo que le protegía un poco... El número al que respondía Foucault no figuraba en el listín, y cuando la gente me decía que tenía su número de teléfono, yo les preguntaba cuál, lo que me permitía saber a qué "círculo" pertenecía. Estas precauciones eran necesarias para que él pudiera continuar trabajando con serenidad.

A. B.: No obstante, si ciertos miembros del "primer círculo" tenían el teléfono verdadero, ¿consideraba normal que se le molestara por una buena razón o una buena causa, militante, por ejemplo?

D. D.: El primer círculo respetaba los horarios... Pero su domicilio era literalmente acosado por las llamadas telefónicas. Era algo que uno no se puede imaginar. Hubo una época, en la que el teléfono sonaba cada diez minutos, ya por una petición, por una solicitud de apoyo, de algún prefacio, etcétera... Era verdaderamente insoportable, hasta el punto en que en un momento dado yo respondía a los peticionarios con fórmulas del estilo: "¡Muy bien, señor, usted tiene hoy el número 135, y cuando lleguemos a su dossier, le responderemos!". Un día, yo estaba en casa con un amigo que hablaba neerlandés, y he aquí que llamó un holandés para pedir que Foucault dirigiera su tesis –Foucault rechazaba dirigir tesis, pero después del éxito de *Las palabras y las cosas*, la gloria creciente de Foucault alimentaba este género de solicitudes–. Hice algunas preguntas a este estudiante, y después, con el fin de tomarle un poco el pelo, le dije: "Tengo aquí al secretario que se ocupa de las tesis holandesas, le voy a pasar..." Pero lo que yo no había previsto es que este muchacho estudiaba en la Sorbona y que contó a todo el mundo: "Foucault se ha vuelto increíblemente pretencioso: tiene secretarios en todas las lenguas..." Fue a contarle esto a Maurice de Gandillac ¡y la noticia corrió por toda la Sorbona! Cuando volvió, a Foucault no le hizo mucha gracia mi broma.

Philippe Chevallier: Sin embargo, respondió favorablemente a solicitudes de personas que no conocía. Pienso en Jean Danet, que entonces realizaba

investigaciones sobre el derecho económico agrícola en Nantes. Escribió un día a Foucault, y este le respondió: “Venga a verme”.

D. D.: Pero Jean Danet era alguien interesante. Recuerdo siempre la primera conversación que escuché entre Foucault y él, me llamó la atención. Era sobre la cuestión de la norma, no en un sentido ético, sino en el sentido en el que, en nuestras sociedades, sustituye cada vez más al derecho en su concepción tradicional, ya sea en el derecho europeo o en el de la agricultura... Y si además se trataba de la norma en un dominio que Foucault entonces descubría, eso podía por tanto interesarle más. Por el contrario, se ve en seguida cuando un tipo no es interesante; se ve por el género de preguntas que os hace... Recuerdo un periodista que vino a entrevistarle y que comenzó por: “Señor Foucault, quisiera saber por qué tantos estructuralistas se interesan por la medicina...” Foucault fingió entonces sentirse intrigado: “¿Ah sí?, ¿hay tantos estructuralistas que se ocupan de la medicina?, no lo sabía... ¿Me podría usted citar uno?” “Eh... no, es verdad, no veo...” “Bien, en ese caso, señor, gracias, ¡la entrevista ha terminado!” El chico había debido oír a alguien decir alguna cosa a propósito de Foucault y la medicina.... La estupidez, eso se detecta.

Yo creo que él tenía una hipersensibilidad para la calidad ética, no solamente intelectual, de las personas, es una cosa que siempre me ha llamado la atención. Él no frecuentaba más que a intelectuales. Sabía percibir en los otros las cualidades humanas, éticas. Tenía un nivel de sensibilidad por el que le era inmediatamente perceptible. Sabía diferenciar entre las personas que lo solicitaban por un objetivo personal y aquellos que querían debatir. Y pienso que Jean Danet, o alguien como el abogado Christian Revon, querían debatir. Pero hace falta ver el tono que algunos empleaban: “Foucault, tal editor ha rechazado mi manuscrito, puedes hacer algo...?” –tuteo inmediato, por ejemplo.

A. B.: El tono del momento...

D. D.: Sí, pero forzosamente simpático. Por otro lado, he depositado en el Institut Mémoires de l’Edition Contemporaine –un poco por maldad–

las cartas dirigidas por franceses y americanos a Foucault. En esa época, Foucault no respondía ya a las cartas, era Françoise-Edmonde Morin quien se encargaba. Las francesas, no eran sino peticiones de apoyo, a editores, periódicos, profesores, etc. Los americanos, eran diferentes: invitaban a Foucault a debates, seminarios.

A. B.: Pero, al mismo tiempo, cuando se está implicado en un campo político, no se puede fácilmente escoger entre quien presenta calidad humana y quien presenta menos, o incluso nada... Cuando se hace política, se debe frecuentar a gentes con las cuales no hay empatía...

D. D.: Era una época en la que la mayor parte de las relaciones eran políticas. Los salones del momento eran la calle, y esto no quería decir que uno se volviera a ver, o luego se volvía a ver para preparar otra manifestación... Pero esto no tenía nada que ver con la vida de un partido político. Es cierto que había ahí una sociabilidad que yo no encuentro hoy.

A. B.: Una sociabilidad política que ha desaparecido...

D. D.: Había amistad, y también esta agresividad ligada a una especie de creencia: las gentes se imaginaban que Foucault poseía un poder considerable –yo le he visto discutiendo con las gentes de mi facultad (Vincennes Saint-Denis)– y que era suficiente que mostrara un manuscrito a un editor para que fuera publicado... Pero Foucault no habría jamás recomendado un manuscrito que no fuera editable. Él no habría dicho jamás: “Edite esto porque me gusta”. Si era mediocre, no hacía nada. Cuando veía que había alguna cosa interesante en un manuscrito, entonces podía apoyarlo. Pero la gente se imaginaba que todo era del orden del deseo y del poder. En Vincennes, ¡tenían incluso una concepción del poder pre-foucaultiana!

Voluntarismo del pensamiento

A. B.: Me gustaría que nos hablaras de la relación de Foucault con la fatiga. Producir una obra como la suya debe fatigar, es lo menos que se puede decir... ¿Era voluntarioso en este sentido, deseaba ignorar el cansancio o más bien lo administraba con cuidado?

D. D.: No sabría decirlo... Parecía incansable. En todo caso, si se fatigaba lo manifestaba poco. Cuando estaba revisando la cronología para *Dits et Écrits*, me decía a mí mismo: “Vaya, estaba un día en Japón y al día siguiente, o al otro, daba una conferencia en París”. Pienso que era una persona que adquirió muy pronto un gran dominio de sí mismo. De hecho, cuando estaba ya muy enfermo, vi aparecer en él rasgos que no le conocía antes. Me había mostrado los trabajos de Jackson, el fisiólogo², que habla de estratos reflejos controlados los unos por los otros, con la idea de que cuando ciertos reflejos desaparecen, otros, más arcaicos, aparecen. Así que comencé a imaginar que ciertas cosas aparecidas en el curso de su enfermedad pudieran ser elementos arcaicos, y me pregunté si él no había tendido a superar todo un conjunto de reacciones más espontáneas que no habían aparecido nunca, incluso una especie de ego, del que nunca había mostrado ningún signo. Recuerdo una escena cuando recibí de Berkeley la primera versión del libro de Dreyfus et Rabinow³: Dreyfus hacía un comentario muy heideggeriano de *Las palabras y las cosas*, y como no estaban de acuerdo entre ellos, me habían dado a leer su texto para tener la opinión de Foucault. A él no le gustaba mucho leer lo que se escribía sobre él –en general incluso no lo leía. Me pidió pues que le contara un poco lo que decían Dreyfus et Rabinow, y conforme le iba resumiendo el libro, comentaba a su vez: “Ah, bien, Dreyfus dice eso, es interesante esta crítica a partir de Heidegger, etc.” y de Rabinow: “Es muy interesante, puesto que él cuenta mis libros...” Pero debo decir que tales salidas eran excepcionales.

A. B.: Y ¿había en Foucault, por el efecto de la fatiga, momentos de relajación, de debilitamiento del pensamiento?

D. D.: Él era muy voluntarioso, y muy educado también. Claro, cuando la gente le fastidiaba, lo mostraba y no se extendía... Pero de todas formas, no iba más allá de ciertos límites –a las 22:30 h. se retiraba. Debió pasar

² John Hughlings Jackson (1835-1911), neurólogo británico.

³ Hubert L. Dreyfus, Paul Rabinow, Michel Foucault: *Beyond Structuralism and Hermeneutics*, Chicago, University of Chicago Press, 1982, trad. fr.: *Michel Foucault, Un parcours philosophique*, Paris, Gallimard, 1984.

fases de gran angustia, pero no lo manifestaba nunca. Hubo periodos en los que yo no volvía tranquilo a casa, porque no sabía si lo encontraría vivo... Pero la mayor parte del tiempo, no me daba cuenta de sus luchas internas. Lo captaba de golpe, a través de las cartas en las que evocaba los periodos difíciles que acababa de atravesar.

A. B.: Cuando se trabaja con tal intensidad, hace falta que el cuerpo responda... ¿Cómo mantenía su cuerpo?

D. D.: En principio era una persona que entrenaba su cuerpo. Hacía ejercicio. Por ejemplo, cuando estaba en Túnez, nadaba mucho, prácticamente todos los días. Incluso en el último año, cuando se encontraba ya muy debilitado, él fue –creo que era a finales de abril o comienzos de mayo del 84– a Vendevre. Su sobrino Denis quiso ayudarlo a sacar su bolsa del coche y se sorprendió al comprobar que pesaba mucho. Michel le dijo: “Ah sí, son mis pesas...” Lo que quiere decir que todavía en ese momento hacía pesas todas las mañanas...

A. B.: ¿Era ese su deporte: las pesas?

D. D.: ... Y las flexiones también.

A. B.: ... ¿Y la marcha ?

D. D.: No regularmente. Durante mucho tiempo se desplazaba en bici, por ejemplo para ir a la Biblioteca Nacional, calle Richelieu. Cuando estaba en Túnez, hacía marcha, pero no de una forma sistemática. Digamos que entrenaba su cuerpo. No bebía, comía muy poco. Llevaba una alimentación muy sobria, lo que evita las somnolencias y las sobrecargas. Además, por el mediodía, creo que no comía, o quizás simplemente un café en la Biblioteca Nacional.

A. B.: No acabo de comprender el declive por lo que cuentas de una especie de energía inagotable, un sujeto incansable, nunca enfermo...

D. D.: Comenzó a estar enfermo en 1982.

A. B.: Pero antes, nunca estuvo enfermo... Por un lado, pues, esta energía

formidable que parece ser la propia de una persona que está enteramente volcada en su trabajo, en su programa, sin estados de ánimo particulares; y por otro, lo que tú dices: “había momentos en los que yo no siempre volvía a casa sereno”. No puedo conjugar estos dos aspectos... Porque en fin, Foucault no da la impresión de haber sido melancólico.

D. D.: Su relación con la muerte era muy cercana, a la vez permanente y serena. Es difícil de evocar, a la vez por razones de pudor y de memoria. Había momentos en los que yo percibía que él tenía la muerte a flor de piel. Pero esto no era del todo triste, incluso cuando se mostraba muy sensible ante la agresividad –que era grande–, la envidia y la mezquindad del medio intelectual, universitario. Había tenido un reconocimiento fulgurante después de *Las palabras y las cosas*; este fue un periodo de gran felicidad. Recuerdo también los años 1963-64, en los que trabajamos codo con codo: yo preparaba la agregación, él *Las palabras y las cosas*, fue también una buena época. Después llegó el éxito del libro, él me veía feliz... Pero fue también una etapa de terrible polémica. Era agredido permanentemente. No hubo ninguna revista intelectual que no se ocupara del tema, y duró hasta 1968. Ya no podía más y se fue a Túnez para huir de todo. No quería oír hablar de ello. Habría podido quedarse en París y relacionarse en la ciudad, pero decidió parar y obligarse a una vida difícil en Túnez. Vivió como un asceta, sobre un tatami y bajo una bóveda blanca, situada bajo el cementerio de Sidi Bou Saïd –probablemente los antiguos establos del bey. Una vida totalmente diferente. Intelectualmente, experimentó una soledad total. Allí escribió *La arqueología del saber*, un libro un poco difícil... que yo adoro, pero que es verdaderamente pesado, de método, severo, complicado, sin prestigio, que busca realmente acabar con el éxito. Cuando vuelve a Francia, es para la creación de la universidad de Vincennes, y, de nuevo, para vivir en un medio extremadamente polémico, entre el PC y los izquierdistas, con enfrentamientos cotidianos, asambleas generales de mucha violencia... Como había estado en el PC⁴, conocía a los comunistas e igualmente a los que estaban

⁴ Foucault se adhirió brevemente al PC de 1950 a 1952.

en el departamento de psicología⁵. Los conocía como psicólogos y como comunistas: ¡dos razones para desconfiar de ellos! Por tanto, este comienzo de Vincennes es un periodo difícil. Era la época en la que vivíamos en la calle Doctor Finlay y allí, es cierto que cuando volvía por la tarde a la casa, no estaba nunca seguro de encontrarlo vivo. Sentía angustia... Pero nada en sus cursos dejaba traslucir esto.

A. B.: En el discurso público de Foucault, en su participación en los debates, no se percibe esta fragilidad, no se tiene la impresión de estar frente a alguien vulnerable, alguien a quien el conflicto le pueda afectar, al contrario, a menudo da la impresión de estar en presencia de alguien que encuentra un cierto placer en el conflicto, que sabe repartir los golpes...

D. D.: Él sabía repartir los golpes, pero no le gustaba. Prefería ser amado. Marie-Claude Mauriac⁶, sobrina nieta de Proust, encontraba que había una gran analogía entre Foucault y Proust, además del medio médico. La escena del beso por la noche⁷, la creo también fundamental en la vida de Foucault. Su madre, que ciertamente le quería mucho, era una mujer bastante fría y yo incluso encontré esta frase extraordinaria en su diario del año 68, donde escribe que la fase de depresión que atraviesa está ligada a la muerte de su padre, diez años antes... Sin embargo nunca, nunca mencionó a su padre, salvo al fin de su vida, y positivamente. Su padre era muy violento. Las relaciones entre sus padres fueron a veces probablemente difíciles, de ahí creo que surgía ese horror a los conflictos. Así, cuando él los tenía, los sufría, se protegía de ellos muy “violentamente”. Pero no porque le gustara la polémica, realmente era para mantenerla a distancia, pienso.

Su padre estaba minado por la angustia, como muchos cirujanos que no operan sino con una fuerte tensión. Creo que es un oficio ansiógeno. Foucault no lo quiso ejercer, pero hace muchas alusiones a su padre

⁵ Los miembros del departamento habían sido sus camaradas de estudios en el Instituto de psicología de París, donde Foucault obtuvo su diploma de psicopatología en 1952.

⁶ Esposa de Claude Mauriac, escritor, periodista, con quien Foucault compartió numerosas acciones.

⁷ Escena famosa que abre *À la recherche du temps perdu* de Marcel Proust (t. 1 : *Du côté de chez Swann*).

cuando evoca su relación con la escritura –el escarpelo y la pluma, etc.⁸

Philippe Chevallier: Su escritura es muy cincelada, trabajada. Esto me ha llamado la atención cuando han caído en mis manos los archivos de las primeras versiones de textos muy deslavazados. Incluso me ha sorprendido, porque no había leído un Foucault escribiendo así, a vuela pluma, y he pensado que, entre el primer borrador y la obra final, había debido haber un inmenso trabajo de escritura y reescritura...

A. B.: Volvemos entonces a la famosa teoría de las tres versiones de cada obra...⁹

D. D.: ... que podían ser más, tres era un mínimo. De hecho, estaba la escritura del libro y la escritura del capítulo. Pienso que hay en efecto en los libros tres grandes estratos, pero que cada parte del libro ha podido ser reescrita un mayor número de veces. En primer lugar, no le gustaban los tachones. Me llamó la atención descubrir en el reverso de los cursos páginas manuscritas que provenían de otros, que él había comenzado a tachar y después abandonadas por no trabajar sobre un texto emborronado. Reescribía todo antes que tener una página con tachaduras. Sus manuscritos son muy limpios, muy bellos. Incluso los cursos, se tiene la impresión de que están escritos a vuela pluma, pero muy a menudo, hay dos, tres versiones de algunas lecciones.

Philippe Chevallier: Ello nos muestra incluso una cierta relación con el pensamiento...

D. D.: Hay que volver sobre esta cuestión del trabajo. En el fondo, cuando se ve a las gentes trabajar, no se comprende cómo trabajan. Se las ve leer o escribir, no se las ve pensar. Así, mirando las notas de lectura que tomaba Foucault cuando buscaba la emergencia en la

⁸ “J’imagine qu’il y a dans mon porte-plume une vieille hérédité du bistouri.”, *Le Beau Danger, Entretien avec Claude Bonnefoy*, Paris, éditions de l’EHESS, 2011, p. 35.

⁹ Daniel Defert, “Je crois au temps...”., Declaraciones recogidas por Guillaume Bellon, *Recto/Verso*, nº 1, Juin 2007, disponible online : <http://revuerectoverso.com/IMG/pdf/DanielDefert.pdf>.

historia de un nuevo concepto (por ejemplo sobre los modos de descripción empírica), yo me había imaginado que él trazaba una especie de campana de Gauss siguiendo la aparición y después la desaparición de un concepto a través de diversas disciplinas. Me había imaginado que Foucault practicaba un modo de lectura muy empírico, una suerte de evaluación estadística. Pero François Ewald me ha convencido de que no era así como ocurría, que la elaboración del concepto precede a las lecturas, que todo se construye antes –incluso si nosotros no tenemos un diseño explícito. Cuando Foucault comienza a tomar notas, copia citas, las cosas están ya muy construidas. No se trata pues de un muestreo puramente estadístico: hace falta que él sepa qué busca en el corpus que estudia, es preciso que ya esté ampliamente dominado... Por otro lado, recuerdo cierta frase que le gustaba pronunciar cuando iba a la Biblioteca Nacional: “Voy a verificar que han dicho lo que debían decir en esa fecha”. Por tanto, hay una dimensión de construcción del pensamiento del cual no existe un trazo visible. Y, en realidad, estos fragmentos que se han bautizado “el diario intelectual” de Foucault son comienzos de artículos, esbozos de planes: el pensamiento está ya elaborado. Pero cómo llegaba Foucault a este punto, no lo sabría decir. Puedo dar testimonio de la cantidad de trabajo que realizaba, hablar de la regularidad de su trabajo, pero no decir cómo se efectuaba el trabajo del pensamiento; de esto, no puedo decir nada...

A. B.: ¿En general estaba contento de sus libros cuando los terminaba y los enviaba al editor, se decía: ahí está, o incluso, he hecho una buena aportación, o bien: bueno no es esto, pero es hora de que me desembarace..?

D. D.: En cualquier caso, al día siguiente comenzaba ya su próximo libro, que era una crítica... 🐼

ROSA MARÍA RODRÍGUEZ MAGDA ES FILÓSOFA Y ESCRITORA, AUTORA ENTRE OTROS ENSAYOS DE *FOUCAULT Y LA GENEALOGÍA DE LOS SEXOS, TRANSMODERNIDAD O LA CONDITION TRASMODERNE*.